

El tercer (y pertinaz) problema

Juan Carlos Fernández Calderón

www.juancarlosfernandez.es

Dicen con reiteración las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas que los españoles consideramos a nuestros políticos como el tercer problema en importancia, tras el paro y la crisis económica. Es algo triste, ciertamente, porque denota una nada deseable falta de entusiasmo de la ciudadanía por sus representantes. Pudiera parecer que esta desconfianza o desafección es algo de hogaño, y consecuencia del menudeo de episodios de corrupción, algunos de ellos de dimensiones colosales; de lo que me atrevo a llamar *egopolítica* –a pesar del dichoso corrector del procesador de textos, que se empeña en poner *geopolítica*–; de los privilegios, de la anteposición del interés partidista sobre el general; de la falta de sensibilidad que se puede apreciar en algunos, del abono al derroche... Mil causas pudiesen encontrarse, en fin, que quizá apuntasen al porqué de esta situación, y nada más hay que dedicar algo de tiempo a espigar entre las noticias y opiniones que aparecen con profusión en los medios de comunicación, para encontrar todo tipo de diagnósticos y no pocas soluciones pintorescas. Muchas de estas opiniones se ven magnificadas por una lupa descomunal llamada crisis económica,

que hace que los contrastes sean más acentuados. Crisis que, por cierto, no es la única que nos afecta, aunque en lo inmediato es la más dañina; hay otra, de valores, que requiere atención pues puede dar al traste con las cuadernas del sistema a medio y largo plazo. En fin, el ciudadano de a pie, tan tolerante en otros tiempos, ahora escudriña por entre las costuras del tejido público en busca de malos usos.

Lo que pasa es que la desconfianza no es cosa de ahora. Claro está, como vivimos en los tiempos que nos han tocado en suerte, tendemos a mirar sólo en nuestro derredor más inmediato. Pero cuando se toma algo de perspectiva se percata uno de que la crítica al político, la expresión del desapego, no es algo nuevo. Son multitud las manifestaciones que cualquier lector curioso puede encontrar si abre un poco el campo de mira. Como tengo la costumbre de ir tomando nota de reflexiones, dichos, sentencias, opiniones o curiosidades extraídas de las páginas que caen en mis manos, al hojear las libretas en las que transcribo todo aquello me doy de bruces con una olla podrida en la que hierven reflexiones sesudas, críticas desgarradoras, descripciones rayanas en lo cómico, todas ellas dedicadas a lo

que hemos dado en llamar la clase política o a la política en sí misma. Después les transcribiré un somero repertorio de pensamientos espigados. Créanme, es un ejercicio un tanto sangrante y rayano en el masoquismo el anotar tanta crítica, porque un servidor, durante unos años, también deambuló por los accidentados terrenos de la política; les añadiré que a mucha honra, y les agrego la siguiente coda: no obstante, también tropecé en muchas de las piedras, y no una sola, sino varias veces. Afortunadamente, busqué a tiempo una salida, y desde entonces, con la necesaria perspectiva y lejanía, he tenido tiempo de analizar muchas cosas, y he llegado a la conclusión, entre otras muchas, de que, contrariamente a lo que muchos piensan, no todos son iguales, si bien los malos usos tienden a contagiarse, y que muchas veces es mejor dedicarse a otra cosa. Disculpen esta digresión, pero me parece que el hecho de haber recorrido aquellos senderos me permite tamizar lo que escucho o leo.

Me apesadumbra, créanme, la tendencia a meter a todos en el mismo saco. No todos andan por las cloacas de la corrupción o del juego sucio, ni por los atajos del todo vale. La mayoría quizá no aspira a grandes cosas y, por consiguiente, no tiene por qué practicar el deporte del codazo. Y, por supuesto, son legión quienes en la vida política

emplean tiempo, dinero y vida familiar sin más afán que el colaborar con gentes con las que comparten ideales, para hacer una sociedad mejor. Y no es utopía, créanme, conozco a gente así: me gusta recordar a viejos amigos, políticos de pueblo, hombres de pocas florituras y mucho corazón, siempre dispuestos a todo a cambio de nada, siempre entregados... No son, naturalmente, quienes se ven reflejados en el repertorio de opiniones que después ofreceré a la curiosidad de los pacientes lectores. No han de ser ellos dianas para los dardos de la ironía; antes al contrario, merecen un reconocimiento que casi siempre se les hurta.

La verdad, vamos a encontrarnos con un panorama desolador. Para abrir boca, me remito a un "barómetro" sobre confianza en las instituciones, publicado en *El País*, el 14 de agosto de 2011: los científicos y los médicos son los más valorados, con 7,4 puntos. Los menos, partidos políticos (2,8) y políticos (2,6). No muy lejos andan los sindicatos, con 3,3 puntos. La cuestión es por qué han alcanzado semejante grado de desprestigio quienes, por ser nuestros representantes, deberían de contar con el aprecio de quienes los elegimos¹. Algo falla, y quizá ocurra que muchos de los votantes acudan a las urnas por un deber cívico, por un imperativo democrático, más que por confianza en quienes resultarán elegidos. No sé si esto hace

que el problema sea menor: acaso el apostar por la participación democrática sea indicio de que los votantes creen de verdad en el sistema, aunque no tanto en sus ministros. Algo así como aquél que proclamaba que creía en Dios, pero no en los curas.

Esta situación produce desasosiego, máxime a la vista de circunstancias que vienen ocurriendo últimamente. Constatamos en primer lugar la irrupción de quienes, escudándose en su desconfianza en los políticos, proyectan ésta, en una dañina extrapolación, sobre el sistema representativo y, de un modo más o menos velado, parecen propugnar el regreso a un corporativismo en el que el sufragio universal no sea garantía de que cualquiera pueda acceder a cargos electivos, y aspiren al gobierno de los enarcas, de políticos de formación, en demérito de la representación universal y popular, o incluso sólo reconozcan capacidad de participación política a los próceres. O, directamente, anhelan el autoritarismo puro y duro, en cualquiera de sus formas. De otro lado topamos con los disconformes con el sistema, que pretenden la búsqueda de una democracia que ellos llaman "real", y que

por lo que escucho ocuparía límites más allá del *statu quo* y del sentido común: son gentes ruidosas que, seguro, confunden olocracia y democracia; parecen creer en utopías pero, a juzgar por las cosas que proclaman, barrunto nostalgias del marxismo, o si lo prefieren de algo muy aproximado. Los que tenemos ya cierta edad sabemos que aquello sólo condujo al desastre. Lo curioso es que algunos sectores de la izquierda aparentemente socialdemócrata, que creo que aún necesita tiempo para completar su reconversión tras perder tantos referentes, se suman al apoyo a esos movimientos, en políticas de regate corto que a nada conducen, salvo a la algarabía y probablemente, con el tiempo, a la melancolía. Quizá lleve razón Jean-François Revel cuando dice que el muro cayó en Berlín, pero no en algunas mentes. Y de la mano de estos dizque utópicos vienen también los antidoto, pescadores de río revuelto, aunque ignoro qué ganancia obtienen, a los que no dedicaré ni una letra más. Desde luego, ni lo unos ni los otros, sean de la ultraderecha, sean de la ultraizquierda, o de la moderada pero aprovechadora, deben de estar acuerdo con la teoría del

¹Anthony Giddens (cfr. "Sociología", Alianza Editorial, 2010, pp. 1055 y ss.) recoge las tesis de Onora O'Neill, que afirma que *la pérdida de confianza es un cliché de nuestros tiempos*. Proyecta la autora esa desconfianza de los ciudadanos no sólo hacia los gobiernos; la amplía a empresas, bancos, aseguradoras, médicos. Es curioso, pero en España, en el barómetro de *El País* al que nos referimos, tanto médicos como empresas aparecen entre los mejores valorados. Por su parte, el propio Giddens, basándose en las tendencias que aparecen en el análisis de encuestas llevadas a cabo en el Reino Unido, afirma que *la gente se muestra cada vez más escéptica con respecto a las formas tradicionales de autoridad*. Esto me abre las carnes, qué quieren que les diga.

fin de la historia, de Fukuyama, para quien las democracias liberales han triunfado y son la última forma posible de gobierno. Pero claro, las teorías cada cual las toma como quiere. Hemos de estar avizores, eso sí, los que nos manifestamos de conformidad con el sistema para no caer en el conformismo del eslogan acuñado por el genial Mingote, que acaba de dejarnos huérfanos de su editorial gráfico diario: "Vote a Gundisalvo. ¿A usted qué más le da, hombre?" Y, por supuesto, evitar el vicio del apoliticismo es fundamental. Decía don Gregorio Marañón que a los que se proclaman apolíticos había que considerarlos como blasfemos, o herejes, no recuerdo con exactitud la cita. Es cierto, creo. Cada cual podrá tener o no una ideología definida, pero la política es necesaria, las naciones las rigen los políticos, y los ciudadanos no podemos mirar para otro lado y hacernos el sueco ante la realidad de las cosas de la república. No tener especial compromiso no significa desdeñar lo político hasta el punto de revestir a la política de una especie de paño de pudor que evite a nuestros ojos la contemplación de sus vergüenzas. Si alguien piensa que se puede vivir de espaldas a la realidad social, tan influenciada por la política, y cree que en nada le afectará lo que ocurra más allá de las cuatro paredes de su casa, está en un grave error. Cuestión bien diferente

es que la tentación del aislamiento llega a ser una pulsión, a veces muy saludable, siempre que sólo sea por temporadas.

Más allá del análisis de cuestiones como las que aquí hemos esbozado, con independencia de interpretaciones que están más que sujetas a las concepciones ideológicas de cada cual, y que pueden, como acabamos de decir, incomodar a las masas ciudadanas no tan ideologizadas, opino que uno de los factores que más pueden influir en la percepción del político como alguien en quien difícilmente se puede confiar es la actitud de algunos -de no pocos- de nuestros representantes, cuando se elevan a la condición de infalibles y se autoproclaman con su comportamiento y con sus gestos bienes públicos. Les confieso que a veces me cuesta trabajo no pensar que vivimos en otros tiempos, con una caterva de caciques pululando por pueblos y ciudades, atentos a las instrucciones pertinentes para perfeccionar lo previsto en el encasillado del momento. En realidad, no hay que ir muy lejos para constatar el uso de tales prácticas, basta echar una ojeada a ciertos modos de funcionamiento en los partidos. Ahí encontramos los ejemplos calamitosos de algunos que llegan a creerse el centro de la Creación, que se consideran soles cuando no son sino agujeros negros que todo lo engullen,

que no dejan que nada escape a su gravedad: *l'État c'est moi*, ya saben. Quienes así se conducen suelen tener por costumbre hacer una higa a la deseable concepción del político como servidor público, es decir, muy posiblemente anden cerca de pensar -por mucho que disimulen- que los ciudadanos no son sino súbditos. Los griegos describían ya el comportamiento soberbio, desmesurado, cegador, y lo llamaban *hybris*. Algún neurólogo hay por ahí que describe un síndrome que afecta a los políticos que son incapaces de reconocer sus errores, que desarrollan manías persecutorias... Es decir, el ensoberbecimiento llega a tal nivel que puede afectar a la psique del individuo. Esto podría explicar muchas cosas, claro.

Podríamos agotar varios tinteros describiendo actitudes y comportamientos, nada teóricos, comprobables si uno se toma la molestia de acudir a las hemerotecas, que son también factores tristemente eficientes en la desafección ciudadana hacia la "clase política". Dejaremos aquí la cuestión, sin entrar en corrupciones, nepotismos, intereses de todo tipo que al vecino de a pie escandalizan y que se suceden con más frecuencia de la que sería deseable. Pero no quiero terminar sin dejar aquí plasmadas tres ideas, que proclamo desde hace tiempo, y no me resisto a insistir en ellas.

Primera: A pesar de los pesares, nuestra democracia liberal tiene muchas más ventajas que inconvenientes, aunque exige, para su plenitud, una madurez que quizá aún no hemos alcanzado en España, muy probablemente, entre otras causas, por culpa de nuestra quebrantada historia reciente. En fin, por lo menos en las democracias occidentales existen mecanismos de control, el pueblo se pronuncia libremente, se puede hablar, criticar, puede uno ir donde le plazca sin necesidad de salvoconductos... Hasta la justicia llega a funcionar, no siempre ni con la celeridad ni con la eficacia deseables, pero funciona. Lo básico es la libertad del individuo, sólo sujeta los límites de la ley, no al albur de los poderes. Siempre es preferible una imperfecta democracia a una perfectísima dictadura. No hay color.

Segunda: los políticos no son unos seres surgidos por generación espontánea, ni infusorios que escapan de algún cultivo y colonizan el cuerpo social. Son personas nacidas, educadas, crecidas entre nosotros, que respiran el mismo aire que nosotros, que -al menos hasta que alcanzan determinados niveles- van a los mismos sitios que nosotros... Es decir, si son de los nuestros, de lógica habrá de ser que los vicios que prodigan tantos en la actividad política no sean sino trasunto de los que, como cuerpo social, nosotros



padecemos en mayor o menor medida. Insisto en la idea que antes les apuntaba: hay una pertinaz crisis de valores sobre la que sería bueno reflexionar con talante desapasionado. De modo que una toma de conciencia de la necesidad de una educación social adecuada es fundamental. Ojo, educación, nunca adoctrinamiento.

Tercera cuestión: felizmente, en España contamos con una ejemplar Monarquía Parlamentaria que emerge muy por encima de la "clase política". Si los partidarios de un sistema republicano, que merecen todo mi respeto, no faltaría más, consiguiesen algún día que España fuese una república (ojo, no un calco de la Segunda, olvidense de idealizar aquéllos tiempos, que no fueron nada perfectos) encontraríamos que las luchas y vicios políticos también podrían tener acomodo en la presidencia. ¿Quiere esto decir que la Monarquía sea sobrehumana y, por lo tanto, absolutamente libre de vicios y toda perfección? Pues claro que no, bonito estaría. Pero, aunque siempre alguien pueda salir rana, a los futuros reyes se les educa en el servicio a la patria por encima de banderías y se les obliga a aprender, muy duro debe de ser, el oficio de jefes del Estado. Ojo, hablo de cómo creo que son ahora las cosas, no como llegaron a ser durante la Monarquía de la Restauración, si bien en ella se

encontraban también valores comunes a la actual, plenamente predicables y vigentes. Los errores entonces cometidos no enervan el valor de la institución en sí misma. De la Corona, con Don Juan Carlos al frente, surgió un impulso fundamental para hacer el cambio. Y, felizmente, en los tiempos de la Transición hubo políticos que sí supieron ser generosos, que entendieron y creyeron en el mensaje del rey, que se entregaron en cuerpo y alma a hacer posible un proyecto de cambio que debería transformar España, hacerla cruzar con paso firme los límites que nos impedían acceder al desarrollo que otros países de Europa disfrutaban, bajo unas premisas democráticas que en nuestra tierra no consiguieron fraguar hasta el último tercio del siglo pasado, cuando en países de nuestro entorno cultural llevaban decenios de ventaja².

Con seguridad que, hogaño, también hay políticos como aquéllos. No les quepa duda. El problema es que tenemos que asistir con tanta frecuencia a espectáculos deplorables que el ruido se superpone y desvía nuestra atención. Seguramente, quienes tanto nos distraen son los menos, pero son demasiado escandalosos. A ver si el tiempo hace que cambien las tornas, y nos convertimos en una nación aburrída en la que los asuntos públicos no sean fuente de escándalos ni de sobresaltos.

ANEXO

Les decía bastante más arriba que tengo un repertorio de frases dedicadas a la política y los políticos, minúscula muestra de todas las que se han pronunciado por periodistas, escritores, intelectuales... Aquí recojo una selección espigada en mis libretas. Sus autores se manifiestan jocosos, sensatísimos, exagerados, escépticos, quizá cínicos... Ni que decir tiene que no coincido con todo lo que les transcribo. Pero, créanme, algunas de las reflexiones tienen mucha, mucha enjundia.

1.- Dogmatismo

“La política, espejo de la vida, fracasa cuando triunfa el dogmatismo.”

(Benigno Pendás).

2.- Partidismo, poder, acomodo, enchufismo, revancha...

“Lo de la obediencia debida, que es una gran virtud castrense, puede ser, en política, un nuevo mecanismo de jibarización intelectual y ética. Parece exigible que, desde el conocimiento, los grandes hombres gubernamentales antepongan la aplicación de su saber al

servicio de los intereses generales de la Nación al de los más pequeños del partido de su militancia.”

(Manuel Martín Ferrand).

“La política ya no es cosa de hombres de Estado, sino de profesionales del poder. Por eso, las palabras, las leyes, los compromisos electorales se vacían de contenido y se amoldan a la conveniencia partidista enmascarada de realidad social.”

(Fernando Fernández Méndez de Andrés).

“Algunos aseguran que desde 1977, poco a poco, los partidos se han convertido en unas *agencias de colocación*, generadoras de fieles empleados, en lugar de agrupar a militantes y simpatizantes de una ideas.”

(Manuel Jiménez de Parga).

“Aquí en España todo el mundo prefiere a su secta a su patria”.

(Emilio Castelar).

“Para ser un político gallego, lo primero que se necesita es ser pariente de otro político gallego. El hijo de un gran político gallego tiene, desde su

²Y todo esto muy por encima de quienes buscan cualquier ocasión para arremeter contra una institución ejemplar. A pesar de algún posible escándalo -hasta el momento de escribir no sentenciado-, del uso miserable de accidentes de menores y del ensañamiento contra el Rey por causa de un safari, una encuesta realizada después de la tempestad mediática arroja un dato que desbarata tanta inquina: más del 70% de los españoles siguen teniendo confianza absoluta en la Corona. Tan alta magistratura puede y debe estar sujeta a la crítica, claro está, pero el pim-pam-pum mediático y tabernero ha sido excesivo, en mi humilde opinión. La fiebre pasará, pero el balance histórico es inmutable.



nacimiento, categoría de subsecretario o de director general, y así sucesivamente.”

(Julio Camba)

[Refiriéndose al Congreso] “Lugar de mentiras y convencionalismos.”

(Julio Camba)

“El verdadero motor de la política es el resentimiento.”

(Nietzsche, citado por Tomás Cuesta).

“Cuando se da poder a un miserable, este no se vuelve poderoso, es el poder quien se vuelve miserable.”

(Alberto Vázquez-Figueroa).

“Si la vida es injusta, la política es pérfida.”

(José María Carrascal).

“El hombre con formación política considera como una humillación y como un suicidio el proclamar una equivocación.”

(Gregorio Marañón).

[Un partido es] “como arena, lugar de confrontación entre tendencias o facciones (...)”

(Panebiano. Citado por Luis Arranz Notario).

“(…) tanto el amor como el odio deberían estar desterrados de la política, pues la política debería ser objeto de la sabiduría y de la razón; dicho en otra palabra: de la justicia.”

(Anouar Hatem).

“El arte de hacer creer que existe un enemigo común es el arte político de los grandes cabecillas.”

(Herbert Lüthy).

“Sin la virtud de la justicia, ¿qué serán los gobiernos sino unos execrables latrocinios?”

(San Agustín, citado por Juan Manuel de Prada).

3.- Derroche

“En política, el que más gasta, más gusta”

(Eça de Queiroz. Citado por Martín Ferrand).

4.- Derechas e izquierdas

“La suya (la de Puskas) sí que era una izquierda: la más eficaz y menos sectaria del último medio siglo.”

(Ignacio Camacho)

“La derecha (...) por ser tan española como la izquierda, llevaba en la sangre el ceder a la tentación de confundir el poder con la arbitrariedad.”

(Salvador de Madariaga).



“El fascismo ha demostrado fuerte tendencia al comunismo en economía (...). El comunismo fuerte tendencia al fascismo en política.”

(Salvador de Madariaga).

“Bolchevismo y fascismo son dos ejemplos de esta solución elemental y anacrónica –dos ejemplos de primitivismo político (...)”

(Julián Marías).

“El bolchevismo se basa en la hipótesis metafísica según la cual el bien puede surgir del mal y se puede llegar a la verdad mintiendo.”

(Lukacs, citado por Joaquín Leguina).

Demagogia

[Refiriéndose a la política]“(...)“en el centro del papel había diseñado un monumental fonógrafo tragaperras y una fila de hombres esperando turno para, mediante una limosna, deleitarse en escuchar las frases huecas y rimbombantes que salían de la trompeta del fonógrafo.”

(Delibes, en “La sombra del ciprés es alargada”).

“El demagogo suelo hacer las delicias del pueblo, pero a veces su desgracia.”

(Eurípides. Citado por Miquel Porta Perales).

“Con unas barbas blancas y una voz algo solemne se puede hacer en España todo lo que se quiera.”

(Julio Camba).

“El individuo que vota anula la confianza en sí mismo, porque delega su personalidad en una segunda persona.”

(Buenaventura Durruti).

“*Mundus vult decipi: ergo decipiatur.* (El mundo quiere ser engañado, entonces, engañémoslo.”

(Petronio).

El pueblo, tan sufridor

“El pueblo español cuando se echa a la calle pidiendo pan y justicia tiene siempre razón, lo que pasa es que suele perderla a las pocas horas y al final acaba siempre interviniendo la guardia civil.”

(Camilo José Cela).

“[...] el mal más profundo de España es la falta de conciencia pública (...) España, vieja por su historia, tiene un alma política inmadura.”

(Gregorio Marañón).

“Para vivir decentemente en España hay que tener la piel muy dura -la piel, no la cara-. Hay que estar muy curtido por los vientos y los soles y los tártagos.”

(Julián Marías).

"[...] nosotros somos gentes del Sur, Pereira, y obedecemos a quien grita más, a quien manda."

(A. Tabucchi, en *Sostiene Pereira*).

Malos usos, mala fama

"Cada diputado tiene derecho a hablar siempre de lo que le dé la gana, aunque no sepa nada de lo que habla."

(Luis de Tapia, citado por Juan Simeón Vidarte).

"Los diputados deben hablar siempre, sin motivo y sin finalidad; deben hablar por hablar, así como cantan los pájaros y como hacen versos los poetas."

(Julio Camba).

"Un exdiputado es exactamente igual a un diputado y, además, tiene la ventaja de que no habla."

(Julio Camba).

"Cuando lo que está mal en un país es la política, puede decirse que nada está muy mal. Ligerero y transitorio el malestar, es seguro que el cuerpo social se regulará a sí mismo un día u otro".

(Ortega y Gasset).

"La moral política es una capa con tantos remiendos, que no se sabe ya cuál es su paño primitivo."

(Galdós).

"[...] Empezará a funcionar la máquina compleja, pesada y estrepitosa -sobre todo estrepitosa- de la representación nacional."

(Julio Camba).

"Se miente más que se engaña / y se gasta más saliva / de la necesaria."

Si nuestros políticos comprendieran bien la intención de esta sentencia de mi maestro, ahorrarían las dos terceras partes, por lo menos, de su llamada actividad política."

(Juan de Mairena. Antonio Machado).

"Métanse en casa los políticos, que nada traen de provechoso a la Humanidad; basta de discursos vanos, de fórmulas ridículas, y del frecuentísimo encumbramiento de las nulidades a medianías, de las medianías a notabilidades, y de las notabilidades a grandes hombres."

(Galdós, en Nazarín).

"Hay quienes entienden la política como una cicatera navegación de cabotaje."

(Juan Manuel de Prada).